

ÍNDICE

Mirella Romero Recio, <i>Introducción: El legado de los emperadores hispanos</i>	9
Jaime Alvar, <i>La cristianización de Trajano</i>	13
María Jesús Fuente, <i>Un emperador en el taller: construcción y reconstrucción de la figura de Trajano a lo largo de la Edad Media</i>	25
Mirella Romero Recio, <i>Trajano. De gobernante ideal a personaje dramático en la España del siglo XVIII</i>	49
Elena Calandra, <i>Atheniensium studia moresque hausit. L'immagine della Grecia nella storiografia su Adriano</i>	67
Elena Muñiz Grijalvo, <i>Adriano y la religión egipcia. Perspectivas pasadas y presentes</i>	81
Juan R. Ballesteros, <i>El jardín y el monstruo: La Historia Augusta y el emperador Adriano en el Humanismo</i>	97
Juan Manuel Cortés Copete, <i>Adriano en la Encrucijada. Historia e Historiografía, antiguas y modernas</i>	125
José Beltrán Fortes, <i>La arqueología de Itálica de época de Trajano y Adriano</i>	153
Jesús Salas Álvarez, <i>Los emperadores hispanos en las obras españolas de Arqueología desde mediados del XIX a mediados del XX</i>	177
Fernando Lozano, <i>Los emperadores hispanos en los orígenes del nacionalismo andaluz: los casos de Joaquín Guichot y Blas Infante</i>	205

INTRODUCCIÓN.

EL LEGADO DE LOS EMPERADORES HISPANOS

Han tenido que transcurrir 1900 años para que se celebre con el mismo entusiasmo a Trajano y Adriano. En el año 117 fallecía el primero, subía al poder el segundo y en 2017 ambos emperadores eran recordados en sendas exposiciones en Roma (*Traiano. Costruire l'Impero, creare l'Europa*, Mercati di Traiano, Museo dei Fori Imperiali) y en Sevilla (*Adriano, Metamorfosis*, Museo Arqueológico), así como en encuentros internacionales que han puesto al día las investigaciones sobre estos gobernantes de origen hispano. La conmemoración de ambas efemérides no debería resultar sorprendente, pero lo es porque los elogios dirigidos a Trajano por parte de la historiografía desde la Antigüedad hasta nuestros días han abundado casi tanto como las críticas dirigidas hacia su hijo adoptivo, Adriano.

El emperador Adriano no ha sido un personaje alabado por los historiadores. Esta visión ha venido determinada por unas fuentes clásicas –especialmente, aunque no solo, la *Historia Augusta* y Dión Casio– que juzgaron con severidad no tanto la labor del gobernante como la actitud y personalidad del individuo. Sin dejar totalmente de lado los beneficios de una etapa de gobierno inusualmente estable, con un emperador atento a la integración en un vasto imperio que conoció palmo a palmo movido por la curiosidad y el deseo de conocer (*omnium curiositatum explorator*, como diría Tertuliano) y promotor de un lote de medidas administrativas y políticas de gran calado, los historiadores de la Antigüedad cargaron las tintas sobre unos defectos que ensombrecieron sus virtudes. Su tarea quedó marcada por un carácter calificado como contradictorio: cruel y clemente, severo y afable, tacaño y generoso pero, por encima de todo ello, envidioso e inconstante. No ayudó demasiado su política de consolidación de los poderes del emperador frente a las oligarquías, ni su actitud contra los judíos, ni la desmedida pasión por un amante, Antínoo, elevado a la categoría divina. Las aventuras con jóvenes del mismo sexo eran habituales, pero no la concesión de un don –el de la divinidad– que quedaba restringido a la familia imperial. En cualquier caso, ni la historiografía antigua

ni la moderna cuestionó la labor de Alejandro por los delirios y la desesperación mostrados por el conquistador tras la muerte de su amigo Hefestión –equiparando su aflicción a la sufrida por Aquiles tras el fallecimiento de Patroclo–, pero no perdonó a Adriano la debilidad por el joven bitinio. Antínoo pasaría a la historia y sería idealizado en el arte pero se convertiría en un lastre para el emperador.

Otro escollo no menos insalvable que ha marcado el análisis histórico de Adriano, ha sido la huella indeleble de su predecesor. Decía ya Modesto Lafuente en una de las obras más influyentes del siglo XIX, su *Historia General de España*, que “como guerrero y como hombre de virtudes, se hubiera deslucido menos si no le hubiera tocado vivir entre un Trajano y un Antonino”. Efectivamente, Trajano fue considerado ya por sus contemporáneos uno de los mejores emperadores que había tenido Roma y como tal pasó a la historia. Según cuenta un funcionario romano del siglo IV, Eutropio, “tanto se le ha recordado que hasta en nuestros tiempos en el senado no se aclama a los príncipes de otra manera, sino diciendo: ‘Más afortunado que Augusto, mejor que Trajano’”. El emperador se convirtió en el *Optimus Princeps*, cristianizado en la Edad Media y ensalzado en el Renacimiento. Si a esto se suma que había nacido en Itálica y que fue el primer emperador de origen hispano que gobernó el imperio, entenderemos la razón por la cual fue un *exemplum* de virtudes para los historiadores españoles de cualquier época. Los autores de libros de historia excusaron su afición al vino e incluso pasaron por alto su oposición a los cristianos y su atracción sexual por los niños. Adriano, en cambio, se convirtió en el sucesor ambiguo, en el familiar lejano nombrado heredero *in extremis* gracias a las maniobras orquestadas por la esposa de Trajano –Plotina–, en el emperador que había retirado las tropas de buena parte de los territorios conquistados por su padre adoptivo, zanjando un período de exitosas campañas. Era, además, admirador de todo lo griego, de las artes, de la filosofía, de la literatura y de viajar para conocer, no para conquistar, como Trajano. En un mundo –medieval, moderno o contemporáneo– donde la guerra era, además de un arte, un medio de subsistencia, no se veía con buenos ojos a quienes cambiaban la espada por la pluma. Se obviaba, por supuesto, que Adriano hubiera mostrado sus dotes militares en las campañas de su predecesor y que hubiese diseñado para el imperio una estrategia defensiva de primer orden.

Trajano y Adriano, Adriano y Trajano fueron a lo largo de los siglos lo que ya dijeron de ellos los historiadores de la Antigüedad. Palabra por palabra se fueron repitiendo las interpretaciones de la *Historia Augusta* sin entrar en otro tipo de valoraciones. Adriano no era, ni mucho menos, uno de los malos emperadores en la *Historia Imperial y Cesárea* de Pedro Mejía (publicada por primera vez en Sevilla en 1545) –de hecho acumulaba un gran número de virtudes–, pero no alcanzaba a igualar a un Trajano o a un Antonino Pío.

En el siglo XVIII vería la luz una de las obras sobre la antigüedad romana, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* de Edward Gibbon –publicada en seis volúmenes entre 1776 y 1788– que más alabó el gobierno de los Antoninos y de la etapa adrianea. Según Gibbon, fue esta una época de felicidad generalizada que se nutría del buen hacer de unos gobernantes que, como Adriano, actuaron con prudencia y moderación. La obra, muy crítica con los cristianos, no tuvo demasiado impacto en España aunque fue traducida ya en el siglo XIX. La historiografía decimonónica seguía estando condicionada por un estado confesionalmente católico que necesitaba, además, reforzar la historia nacional frente a las amenazas externas. Precisamente por eso, y aunque no fuese tan alabado como Trajano, Adriano tuvo también un cierto protagonismo en unas Historias de España que deseaban destacar el papel representado por los emperadores, denominados anacrónicamente “españoles”. Sin embargo, no se mostró demasiado interés en dedicar a estos emperadores estudios sesudos y exhaustivos, algo por otra parte lógico si se tiene en cuenta que la Historia de Roma interesaba por su relación con la historia nacional y que la historiografía se esforzaba en transmitir un ancestral rechazo hispano al imperialismo romano.

Trajano continuó cosechando éxitos en el mundo contemporáneo y no solo en el ámbito de la historiografía. Su fama, lejos de atenuarse, continuaba su marcha ascendente alcanzando un grado de perfección al que no podían aproximarse ni de lejos los gobernantes coetáneos.

Yo quisiera que el gobierno actual, el gobierno de doña Isabel II, imitase aquel reinado de un emperador español, de un emperador romano, Trajano, de quien decía Tácito: ¡Dichosos tiempos en que se puede pensar, y decirse lo que piensa! He dicho.

Así se manifestaba el diario vespertino *La Época* (11/7/1857), aunque algunos años después resaltase con el mismo entusiasmo la visita de la reina a Itálica precisamente por ser la patria de Trajano (27/09/1862).

El estudio de Adriano avanzó más lentamente pero sin pausa. En la actualidad el emperador no es solo objeto de estudio para historiadores y arqueólogos, también lo es para especialistas de otros ámbitos, como las relaciones internacionales y la diplomacia. Autores como M. L. Roi, por ejemplo, han comparado la política planificada por el presidente Eisenhower en 1953, con la estrategia imperial defensiva de Adriano. La equiparación resulta interesante e incluso paradójica si tenemos en cuenta que en 1959, cuando Eisenhower visitó España, quien era entonces el alcalde de Madrid (y había sido embajador español en la Alemania nazi entre 1940 y 1942 y Director General de Seguridad), José Finat Escrivá de Romaní, conde de Mayalde, publicó un bando donde parangonaba al presidente estadounidense con Adriano. Se pretendía

mostrar a los madrileños que el Eisenhower de la Guerra Fría amparaba los mismos valores que el emperador romano había defendido y propagado durante sus incansables viajes a lo largo y ancho del Imperio en busca de la paz:

Se acerca el momento en que llegará a Madrid el Presidente Eisenhower, y debemos meditar sobre el significado de este viaje impresionante, periplo asombroso, que recuerda las predicaciones paulinas o los días en que el español Adriano visitaba a pie las ciudades y aldeas del Imperio Romano.

El hombre más poderoso de la tierra recorre tantos países para pedir humildemente una limosna de paz. Gracias a él, la Humanidad ha salvado ya la etapa más difícil de su existencia. Los Estados Unidos de América, unas veces con generosidad y otras con energía, han evitado hasta ahora la tercera guerra mundial.

El pueblo americano es grande porque, como hoy, ha tenido la fortuna de ver al frente de sus destinos, en los momentos decisivos de su Historia, a hombres excelsos en talento y en virtud.

La actitud de Eisenhower en la hora actual ha de causar profunda emoción a “todos los hombres de buena voluntad”. Él no ambiciona nada; olvida el cuidado de su salud y atraviesa el mundo sin pensar en los peligros o en la fatiga. Su única aspiración es salvar al género humano de una catástrofe, que sería definitiva e irreparable.

No es difícil comprobar cómo Trajano y Adriano han servido, al igual que tantos otros personajes de la Historia, para defender causas contrapuestas en un uso ideológico de la Antigüedad que no puede ni debe ser eludido.

Sobre algunas de estas, pero también de otras muchas cuestiones, trata el libro que tiene entre sus manos. Se gestó en un *Workshop* celebrado en la Universidad Carlos III de Madrid en abril de 2017, en el marco del proyecto de investigación *La construcción de la imagen de los primeros emperadores hispanos (siglos XV-XX). Un análisis historiográfico de la interpretación de la diversidad* (MINECO/FEDER HAR2015-65451-C2-2-P) que fue cofinanciado por el Instituto de Historiografía “Julio Caro Baroja” y el Vicerrectorado de Política científica de la Universidad Carlos III de Madrid. Deseo agradecer a estas instituciones su apoyo. Asimismo, quiero mostrar mi eterno agradecimiento a los investigadores que participaron en el *Workshop*, no solo por el maravilloso ambiente de trabajo que se vivió en dicho encuentro, sino también por el esfuerzo que han realizado para dar forma a esta publicación.

MIRELLA ROMERO RECIO
Universidad Carlos III de Madrid